
México: Desarrollo, Democracia y Reforma del Gobierno

Lic. Cecilia Soto González*

*Candidata del PT a la Presidencia
de la República*

I.- México, no hay quien lo dude, atraviesa por uno de los más intensos y difíciles procesos de cambio de las últimas décadas y tal vez del siglo. Las más diversas fuerzas económicas, políticas y sociales, conocidas o novedosas, confiables o incontrolables, conciente o inconcientemente han acelerado el tiempo histórico de la vida mexicana, colocando al viejo formato económico y político en una profunda crisis, y al país entero, ante



Foto: Angel Gurria Quintana

las puertas de una realidad que no alcanza a expresarse y a crearse en plenitud. Vivimos pues, muy claramente, la clásica situación en la que lo nuevo no acaba de nacer y lo viejo se niega a morir.

Crisis aquí y ahora. Crisis ya no en el sentido que le dimos en los ochenta, es decir, como una serie de nudos y de imposibilidades económicas y sociales, sino crisis en su noción más clásica: como la imposibilidad de la continuidad sin cambios que impliquen la reestructuración de componentes centrales del sistema.

Justamente, comienzo mi intervención con este diagnóstico: México vive hoy una situación de cambios ineludibles. En este sentido, estoy convencida, el debate nacional no es un debate sobre un deber ser abstracto o sobre opciones arbitrarias y puramente voluntarias. Por el contrario, en esta situación crítica, México tiene frente a sí una agenda obligatoria, puesta en vigencia por la marcha de la economía y de la política real, una serie de tareas que nadie puede soslayar y que restringe y acota los programas y las ofertas de los actores políticos y sociales.

Frente a las opciones políticas se alzan las duras

restricciones de la realidad que exigen respuestas y consensos; visiones y compromisos que harán viables o terminarán bloqueando la transición hacia la modernidad y la democracia en nuestro país.

II.- ¿Cuáles son los temas centrales de la agenda mexicana en este momento? Ubico cuatro: 1) alcanzar un tipo de desarrollo y crecimiento suficiente, duradero y equitativo; 2) atacar frontal y nacionalmente el problema de la pobreza y la desigualdad; 3) construir una nueva cultura e institucionalidad democrática que sustituya al viejo sistema político y 4) diseñar una estrategia y una política global para devolver el equilibrio roto al medio ambiente. Apenas y cabe argumentar acerca de la pertinencia, urgencia e importancia de éstos tópicos: la vivencia más palpable y la inseguridad en el futuro de México, anida alrededor de estos problemas.

Si se me pidiera reducir al máximo mi programa y concentrar todas las energías de mi gobierno a las prioridades o temas indiscutibles, ésta sería mi respuesta: **desarrollo equitativo, combate a la pobreza, democracia y ecología**. Tal y como lo concibo, éstas son las líneas maestras que perfilan la política y las tareas del Estado y

de la sociedad, aquí y ahora, en el tiempo difícil de nuestra transición histórica.

Atender, diseñar una política y resolver todos o alguno de los puntos de la agenda, significa entrar de lleno a numerosas cuestiones que tocan el centro mismo de la organización institucional, de la cultura política y de las tradiciones y valores que conformaron la ideología "histórica" del país durante este siglo.

Dar respuestas factibles a estas cuestiones implica, por ejemplo, aceptar la inviabilidad de la sustitución de importaciones, del proteccionismo a secas, tomar con más cuidado los instrumentos de la inversión pública y revisar con cuidado el subsidio, aceptar la nueva importancia del capital extranjero para el despegue económico y recolocar el papel del Estado, tornándolo más eficaz al tiempo que se anula su corrupción endémica. En buena medida, nos toca ser todo lo que no fuimos y aprender con rapidez aquello que estaba fuera de nuestra preocupación e imaginación.

Algo similar ocurre en el terreno político: seguir creyendo que las reformas electorales o jurídicas sirven exactamente para pro-



longar la existencia de un sistema político moribundo, es aumentar el descrédito de sus albaceas, incrementar la crudeza mental y los costos políticos de arribar definitivamente al nuevo—y aún desconocido—régimen político y democrático.

Desarrollo, pobreza, democracia y ecología. Cada una de las cuestiones señaladas aquí con tanta generalidad, representan en sí mismas un reto formidable y una tarea de la mayor complejidad. Pero es cierto que ninguna de ellas es ya postergable y que la necesidad del tránsito mexicano que nos lleva a otro modelo de desarrollo y a otro sistema político, no puede desentenderse de ninguno de los términos de tal ecuación. Creo que todos los que estamos aquí compartiremos este diagnóstico y la relevancia de los temas de esta agenda. En su solución caben y se implican necesariamente todos los demás temas decisivos para el desarrollo y la sobrevivencia del país: el empleo, la justicia, la reforma del Estado, la educación, el campo, la productividad

y la descorporativización de la vida nacional.

III.- Sin embargo, los disensos y la discusión que surge de inmediato es la de cómo confeccionar una política que incluya coherentemente, que los haga compatibles, partes integrantes de un "círculo virtuoso" y que no permita posponer uno en favor del otro. Repito: una agenda que no tiene un carácter optativo, es obligatoria e implica restricciones. Su inobservancia conlleva nuevas crisis, nuevos sacudimientos, nuevos callejones sin salida.

Las preguntas son difíciles, ¿Es posible crecer sin propiciar una mayor fragmentación social, o es que el crecimiento nos condena por necesidad a hacer más ricos a los ricos para que luego, a través de quién sabe qué truco mágico se "derramen" los frutos del crecimiento? ¿Qué tipo de desarrollo necesitamos para eradicar la pobreza y la aguda desigualdad social? A la inversa, podemos preguntar: ¿es viable y duradero un desarrollo que no propicie la redistribución, que no tienda a acabar con la pobreza? ¿Qué modelo de desarrollo industrial y sectorial hace de la distribución una condición del crecimiento?

Las mismas preguntas pueden hacerse a propósito de cada uno de los términos: ¿Puede florecer eficazmente la democracia en medio de una enorme población que vive en condiciones de pobreza endémica y que anula las posibilidades "ciudadanas" de la gente? ¿Puede la democracia consolidarse y hacerse modo de vida aceptable y defendible por los mexicanos en medio de una economía estancada, o en medio de una nueva espiral de inestabilidad macroeconómica? ¿Es o no el crecimiento y el éxito económico el mejor clima para consolidar nuestra transición democrática? ¿Es aceptable cambiar la democracia por inestabilidad y estancamiento económicos? Finalmente, ¿puede nuestro medio ambiente soportar un desarrollo amplio y acelerado bajo las premisas económicas, institucionales y mentales que han caracterizado nuestros momentos de auge económico? El reencuentro con el equilibrio ecológico, ¿puede seguir posponiéndose en aras del desarrollo, el combate a la pobreza y la democratización?

Preguntas y silogismos que quieren hacer reflexionar y reconocer las restricciones que la realidad impone a la política. Sin embargo, en el aparente laberinto de las determinaciones,

un elemento parece destacar para garantizar y propiciar el resto de los términos de nuestra agenda: el desarrollo con igualdad, con equidad. Esta es la urgencia en los siguientes años. Sin desarrollo equitativo no habrá producción ni empleos. Sin producción y empleos no habrá lo demás. Ni los medios para recuperar a la naturaleza ni los recursos para eliminar a la pobreza. Y si la sociedad se ve fracturada por la falta de desarrollo equitativo, la propia democracia —la igualdad política— no contará con la materialidad que propicie la igualdad en las otras esferas de la vida social. Una democracia sin desarrollo se vuelve frágil, un orden asediado por implosiones en la sociedad descontenta y excluida, una ficción donde la carta de ciudadanía no puede ser ejercida en las zonas discriminadas más o menos amplias que genera el estancamiento económico.

Mi primera conclusión es esta: **el desarrollo equitativo, puede y debe entenderse como un compromiso colectivo nacional, como elemento constitutivo del andamiaje económico-social para la democracia.** No se trata de colocar un término en lugar del otro, sino de desplegar una estrategia comprometida con

prioridades globales profundamente conectadas tanto en la economía como en la política.

IV.- Para llegar a la democracia y consolidarla, México necesita involucrarse desde ahora en una verdadera política por el desarrollo con igualdad. La penuria acumulada en estos años de reforma con crecimiento cero o tan modesto que no lo notamos, está a la vista o todavía oculta en el fondo de nuestra sociedad fragmentada, castigada, empobrecida.

La más alta de las prioridades de justicia — combatir y vencer a la pobreza— será siempre una tarea imposible si el contexto económico y social es

de estancamiento recurrente y crónico. Necesitamos combatir a la pobreza desde una institución y un compromiso nacional específico, pero cubriéndolos con un contexto económico en expansión. En este rubro la tarea, la estrategia y el compromiso democrático pueden plantearse con sencillez: necesitamos propiciar un fuerte crecimiento económico que nos haga generar grandes cantidades de empleo formal, al mismo tiempo que mantenemos el ejercicio de un alto gasto social y una política de planificación demográfica que nos permita atemperar la tasa de natalidad. Este, me parece, es un esquema claro, asequible y

Foto: Salvador Pindter



consensable para reducir lo mismo la pobreza que la desigualdad.

V.- El tercer punto tiene que ver con los límites físicos del desarrollo mexicano. Sin una política de sustentabilidad ambiental y de recuperación global y masiva de aguas, de selvas, bosques y de fuentes de energía, la modernización mexicana será en pocos años un mero espejismo estructural. Sin inversiones cuantiosas que aseguren sistemas modernos de reciclaje y el uso del agua (el problema número uno de nuestra sustentabilidad); sin localizar y renovar la producción masiva de energía, alimentos para los 120 millones de mexicanos que habrá en el año 2010, no tendremos ni agua, ni energía, ni alimentación suficiente.

Este reto, por su naturaleza e importancia, no puede estar sujeto al plan o a la voluntad del Ejecutivo en turno; tiene que ser una ordenanza de la República, parte orgánica del nuevo proyecto de nación, resguardado y proseguido por la propia acción democrática de los actores políticos. Quizá la parte más dura e inalterable de la estrategia del desarrollo y la democratización de las próximas décadas.

VI.- La reflexión anterior tiene como supuesto mi per-

cepción de que la situación mexicana está madura para el cambio, estamos listos para la democracia, lo mismo en el ámbito económico que en el de la política.

Algo está ocurriendo en el conjunto de la sociedad y de la economía. La persistencia de un prolongado estancamiento o de una recurrente recesión, se mantiene no obstante las promesas y esfuerzos. Los indicadores de bienestar social siguen retrocediendo mientras la situación política interfiere y distorsiona todas las señales positivas a la reactivación del mercado. Así, el fervor neoliberal de estos años parece desvanecerse como una nueva promesa incumplida en la ya larga historia de sexenios frustrados.

Tratemos de entender lo que está pasando. La reestructuración neoliberal no parece tener la fuerza, ni el mercado los pivotes suficientes para reactivar procesos dinámicos de desarrollo en nuestra economía. Al mal crecimiento de la era populista se le opone hoy, simplemente, la ausencia de crecimiento. Los jóvenes brotes de desarrollo, con todo y TLC, se nos escapan entre las manos en una realidad que ya es incomprensible para la óptica neoliberal. En esto no hay nada que celebrar; nos afecta a

todos y es la expresión de los viejos bloqueos que, luego de décadas de ensayos, éxitos y fragmentaciones, todavía no hemos sabido superar.

A los problemas de la realidad se agregan nuestras propias incapacidades. Por un lado, los representantes de cierto neoliberalismo siguen aferrados a la idea de que el desarrollo vendrá después de los equilibrios fiscales, como resultado de la aplicación de la fórmula "poco Estado y mucho comercio exterior". Pero del otro lado, de nuestro lado, del lado de un proyecto de centro-izquierda moderna tampoco terminan de cuajar ideas fuertes de cambio para conducirnos o al menos orientarnos en alguna ruta de desarrollo sustentable.

Es en esta situación que llegan las elecciones de 1994.

Se abre, si así lo queremos, **una ocasión para establecer desde la política las condiciones de amplios acuerdos sociales construidos sobre varios supuestos**, el primero: al PT no le interesa una solución basada en un esquema de desarrollo gastado y fracasado, el modelo estatista de los años sesenta y setenta; el segundo, estas políticas prescriptivas tienen que ser enriquecidas por transformaciones y políticas

estructurales capaces de establecer nuevos estímulos a los mercados y nuevas tareas del Estado. El apoyo al desarrollo a la agricultura, a amplias redes de pequeñas y medianas empresas generadoras de grandes volúmenes de empleo, y una profundización radical en la reforma educativa, deben ser tomadas como las nuevas claves del desarrollo. He ahí la tarea necesaria: la columna vertebral de un acuerdo nacional para constituir una fuerza amplia y explícita para la modernización equitativa y la democracia.

VII.-Entretanto, hay que tomar a esta campaña y a este evento —que es un significativo síntoma— como la ocasión, no para ampliar nuestros agravios sino para pensar cómo cambiar el rumbo y el escenario político. Quiero atribuirle a la iniciativa de los "20 Puntos de la Democracia" ese acontecimiento que contribuye a anular este juego de presiones y exclusiones en que siguen sumergidos los partidos políticos y el gobierno; quiero ver en esta mesa y en esta reunión, en este salón barroco, la ocasión para discutir cómo podemos modificar las premisas de la trabazón política mexicana, una manera en que todos podemos ampliar nuestro campo de visión.

Creo que nuestros políticos, desde el presidente de la República hasta los cuadros medios de la clase políticamente activa, pasando también por los candidatos de los partidos, a veces actuamos con estrechez de miras, sometidos a los espejismos y a los girones del corto plazo. El levantamiento en Chiapas y el asesinato del licenciado Luis Donaldo Colosio, son acontecimientos y síntomas de tal gravedad que sólo en la República que los políticos inventamos todos los días, es posible creer que la sola campaña y los solos acuerdos electorales devuelven la normalidad y la seguridad a la nación.

Un país en el que surge intempestivamente un movimiento guerrillero que alcanza con rapidez una presencia y una cobertura nacional y que se mantiene en un inquietante *impasse*; donde han sido secuestrados uno de los principales banqueros de América Latina y ahora, otro importante empresario; donde la economía parece retroceder justo en el momento en que se anunciaba su despegue, y en el que un candidato presidencial importante ha sido asesinado, es sin duda un país sumergido en una situación crítica, vulnerable y riesgosa.

Esta situación tiene un contexto previo: en los últimos años el país ha verificado una serie de cambios y mutaciones de gran magnitud. En ellos, México culminó una serie de reformas reales y legales, muchas veces sin el consenso de la sociedad, que consideradas en conjunto, representan la cristalización del mayor viraje económico, social y político del México contemporáneo. Grandes y viejos intereses han sido tocados y otros muchos han sido creados, sin que hasta el momento se haya verificado el hecho político central; la formación de la base política y social que sepa y quiera sostener el proyecto de modernización del país con todas sus vertientes. En ausencia de esta fuerza constituida, una situación como la descrita, no sólo pone en riesgo el desenlace de la campaña presidencial, sino también la secuencia y la fuerza de un proceso de cambio general de la sociedad mexicana.

Para mí, la elección es esta: lo que está ocurriendo en el país interesa y compromete el futuro de todos. La doble transición —económica y política— no puede seguir siendo patrimonio de una fuerza, del Presidente, o de un partido político o el asunto de una disputa sin solución; las acciones deben ser

en este ámbito acciones concordadas. En este sentido, es importante citar el segundo compromiso, el de buscar un gobierno de coalición, un gobierno que incluya no solamente como muestra de democracia representantes de otros partidos y fuerzas políticas, sino que incorpore en su programa de ideas, propuestas, soluciones que hayan recibido un alto consenso social y que le haya sido exigida por otras fuerzas políticas. Deben buscarse políticas de Estado, antes que políticas de un gobierno, de un periodo o de un presidente. La modernización con equidad es tarea que trasciende a la política de un gobierno y debe buscar expresar, en último término, el trasfondo de lo que una sociedad busca o persigue. O aseguramos entre todos la transformación que nos incluya a todos, consolidamos lo positivo y eliminamos lo insostenible y caduco, o estaremos a merced de las fuerzas que quieren hacer ingresar al país en un ciclo de descomposición y modernidad trunca.

Todos los acontecimientos que han acelerado la historia mexicana en 1994, y en particular, la trágica muerte de Luis Donaldo Colosio, constituyen un nuevo y dramático llamado a todas las fuerzas

políticas para trabajar en el escenario de la transición pactada y para la conformación de un nuevo consenso para el desarrollo nacional.

Hemos aprendido que décadas de congelación de la actividad política y modificación de patrones e intereses de muchos años dejan un terreno fértil para la expresión incontrolada de las tensiones acumuladas. Cuando se abren las puertas por tanto tiempo cerradas, aquello que puede estar del otro lado no lo sabe uno con certeza. En este sentido, la transición económica y política supone inevitables turbulencias que sólo la construcción de sólidos acuerdos previos entre las principales fuerzas políticas pueden controlar en alguna medida. Justamente, frente a la inevitable expresión de necesidades o rencores acumulados es que la transición necesita un máximo de convergencia política, de acuerdos programáticos entre las fuerzas políticas interesadas en la democracia.

VIII.- Con esta óptica, celebro la oportunidad que abren otra vez los organizadores de los "20 Compromisos por la Democracia" y la Universidad Autónoma de Puebla. Se permite abrir un campo de visión que trasciende a la semana en curso

y más allá de las normas electorales, podemos discutir nuevas formas que expresan la reforma de un buen gobierno y que deben hacernos transitar del mono al pluripartidismo, de la no competencia a la competencia, de la discrecionalidad presidencial a la legalidad, de la exclusión a la inclusión y de la autoridad presidencial a la deliberación congresional.

Hay que repetirlo y hay que argumentarlo: **en México hay ya las condiciones suficientes para la democracia.** Existe, primero, la pluralidad social que no es ya contenible en el viejo formato sociopolítico y corporativo. Segundo: existe ya una acumulación institucional y la experiencia social que ha perfilado con toda claridad los requisitos para crear una institucionalidad democrática; existe, en tercer lugar, una enorme y variada exigencia internacional que vigila y presiona a su modo nuestros pasos democráticos, y hay, en cuarto lugar, una exigencia interna, explícita en los medios y en la oposición política que por primera vez pone en riesgo ya no sólo el triunfo electoral del viejo sistema sino la capacidad de gobernar después del 22 de agosto.

Por eso, la democracia es ya una cuestión contemporánea,

cuya solución definitiva depende de esta generación y cuya entrada inaugural debe darse en la próxima elección. Que los actuales sujetos políticos sean capaces de impulsar este proceso y de cuajar estas condiciones en un régimen democrático que dure y que sea productivo, no dependerá de los títulos adquiridos en la prehistoria institucional ni son suficientes los certificados de origen democrático. Por su propia naturaleza, la democracia diluye los viejos contrastes marcados, pero también consigue igualar los méritos y prestigios ante el presente y ante sus exigencias. Más allá del discurso y la acción antisistema, está ante nosotros la tarea de enterrar al viejo régimen y de crear, democráticamente, uno nuevo. Por eso es que la capacidad de unir y de vencer decidirá en el futuro próximo quién tome la delantera.

IX.- El país puede, y necesita tener en agosto de 1994 unas elecciones sin mancha y con estabilidad. Es, como intenté argumentar, una exigencia interna y un resultado de la posición estratégica que tiene México en el mundo. El pluralismo empuja en esa dirección y recrea la competencia electoral que siempre fue pobre, escasa y hasta cierto punto, ajena

a la tradición política nacional. Pero el destino natural del pluralismo es la democracia representativa, no sólo la adversidad denunciativa y testimonial o partidaria.

Para que esto fluya, siguen haciendo falta ajustes, reformas, acuerdos puntuales que, dada la propia dinámica de la política real, van más allá de lo electoral, aunque tienen en él un pivote absolutamente necesario. Que la estabilidad política prevalezca es una condición indispensable para pensar seriamente en la transición democrática. Cualquier hipótesis que tenga como perspectiva inmediata la reforma democrática del sistema político mexicano, tendrá que asumir en serio que la transición exige estabilidad, y que este es un componente indispensable en cualquier estrategia de cambio.

Que en 1994 logre imponerse la lógica democrática sobre las actitudes conservadoras dependerá, sobre todo, de la voluntad política de todos para crear consensos en un periodo especialmente conflictivo y lleno de riesgos. Crear esa voluntad política es una de nuestras tareas, de los políticos, de los intelectuales y de los medios que queremos reforma y democracia.

Las elecciones presidenciales de 1994 acaso sean las

últimas bajo el sistema político vigente, como el canto del cisne del viejo régimen revolucionario, pero ello no garantiza que sean las primeras de una nueva era democrática. ¿Qué hay después del sistema político priista? No lo sabemos con precisión, y la única garantía que tiene la sociedad y los actores políticos son sus propios consensos básicos, su participación. Esa es la delicada frontera que México tendrá que cruzar pronto y sin remedio. La base del nuevo pacto reside en el hecho de que el 21 de agosto, no después, tiene que ser fecha de una elección respetable y respetada.

Pero que el país prosiga por el camino democrático dependerá, sobre todo, de la capacidad que demos las fuerzas políticas para acceder a un compromiso básico que intente algo más: comenzar a

diseñar el nuevo marco político y jurídico de la democracia, el contenido de un proyecto nacional de desarrollo para el siglo XXI, que tenga como bandera fundamental la bandera de la igualdad, de una igualdad no igualitaria, sino de una lucha que permita dotar a todos los mexicanos de capacidades básicas en salud, nutrición, educación y vivienda. Y esa no es una tarea para el día siguiente de las elecciones, sino un imperativo aquí y ahora.

Los trágicos sacudimientos que ha sufrido el país no pueden ser pretexto para no proseguir en el camino hacia la democracia o para regresar a un desencantado paraíso populista. México puede y debe materializar la oportunidad de la modernización, del mismo modo que puede y debe materializar su oportunidad democrática aquí y

ahora. Por su naturaleza, reforma, modernización y democratización genera tensiones, reacomodos y conflictos sociales imprevisibles que sólo pueden ser enfrentados mediante los acuerdos básicos de las fuerzas del cambio, organizadas en el mundo de la política, de la sociedad o de la economía. Es este el nuevo consenso: desarrollo con igualdad, democracia, gobierno de coalición, que da vida a la nueva coalición, que puede dar salida positiva a la crisis de estos años. El compromiso con la reforma del país no puede caer ahora en el escepticismo por las reformas. Del mismo modo que los problemas de la democracia no se resolverán—jamás—con menos democracia.



* Conferencia magistral dictada en la Universidad Autónoma de Puebla, el día 26 de abril de 1994.